



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 19 de Junio de 1864.

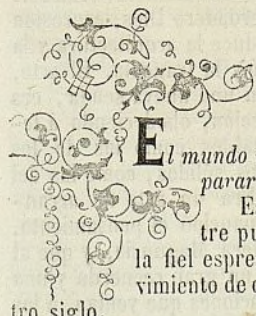
NÚM. 30.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—El arte, (conclusion) por D. Angelino Esteller.—Juan Colín: leyenda tradicional, (continuación) por D. Dámaso Delgado Lopez.—Islas de Chinchá, productoras de guano.—El génio y la inocencia: balada histórica, por D. A. F. Grillo.—La infancia de Cervantes ó el génio se revela, (continuación) por D. Nicolás Díaz de Benjumea.—La corrida de toros: traducción de lord Byron, por D. Vicente W. Querol.—Fábula, por D. A. Campos y Carreras.—La niña y el gato: fábula, por D. Rafael Ferrer y Bigne.—El ciego de los valles: novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz (continuación).

Láminas. Manguetas y depósitos para el trasbordo del guano en la isla Chinchá.—Tipos de las damas japonesas.—Mapa del teatro de la guerra en el Schleswig.

REVISTA DE LA SEMANA.



El mundo marcha; el que quiera parar, será aplastado. Estas palabras del ilustre publicista Balme, son la fiel espresion del continuo movimiento de que está poseido nuestro siglo.

Cuando haciendo alarde de nuestra fuerza de voluntad, repasamos escrupulosamente las páginas de los acontecimientos que preocupan al mundo político, para consagrar unos cuantos renglones á nuestros lectores, vemos

la rapidéz con que se suceden los hechos, cediendo los unos á los otros el derecho de ser los que llamen la atencion, perdiendo por lo tanto aquellos su primitivo carácter.

No teniendo nosotros la facultad de la intuicion, hemos de seguir recorriendo el agostado campo de las noticias, pero con rapidéz inusitada.

Abandonemos desde luego el cráter inflamado de las guerras que existen en Dinamarca y Estados-Unidos, y pasemos la vista por el que parece próximo á estallar en el Perú.

Nuestro representante el Sr. Mazarredo, se ha visto obligado á embarcarse para Europa, y á estas horas debe haber llegado á Madrid para conferenciar con el gobierno de S. M., habiendo estado en peligro su vida, á causa de la persecucion que ha sufrido por emisarios peruanos encargados de asesinarle.

Preciso es que se depure todo cuanto en sí encierra esta afrenta, no solo por el buen nombre español, sino por la dignidad del gobierno y por el juicio que toda Europa ha formado de tales sucesos.

Las exigencias de la opinion pública no son limitadas, y si por desgracia llegase el caso de empeñarse la lucha, recuerdos recientes tienen los peruanos con la toma de Montecristi, para conocer lo infiltrado que está en el corazon de nuestro soldado el valor y la resistencia.

Dejemos esto confiado á la somera curiosidad de los que recorren las columnas de los periódicos en los *cafés* ó *casinos*, y dirijamos nuestra imaginacion á otros asuntos que caractericen por sí solos el título de nuestro semanario al ocuparnos de ellos.

El movimiento literario, á pesar de la época que atravesamos, es fecundo no solo en poesías de varios géneros, sino en producciones dramáticas, novelas y otra variedad

de obras, algunas de ellas de verdadera importancia.

Las novelas, sobre todo, han llegado á ser una necesidad en la vida individual de las sociedades modernas; es el libro del hogar doméstico y el de los sentimientos solitarios de cada corazon.

La novela ha invadido hasta el campo de la política; así vemos en todos los periódicos ocupar con ella sus folletines, cautivando de este modo la atencion de sus lectores.

De esta clase de amena literatura son muchas las obras que hoy están viendo la luz pública en diferentes puntos de nuestra Península, y otras varias las que se están escribiendo, honrándonos el decir que entre éstas se cuenta la de uno de nuestros redactores, jóven literato á quien el público ha juzgado diferentes veces por sus buenos escritos.

Nuestro distinguido colaborador D. Ventura Ruiz Aguilera ha terminado sus *Proverbios*, y se ocupa tambien de una novela que dará á luz.

Con el título de *Literatura, historia y política*, ha publicado el Sr. San Martín una coleccion de artículos inéditos del Excmo. señor D. Joaquín Francisco Pacheco.

Por D. Juan Bautista Carrasco se publicará *La vuelta al mundo*; y bajo el epigrafe de *Mitología universal*, la historia y esplicacion de las ideas religiosas y teológicas de todos los siglos: de los dioses de la India, la China, el Egipto, la Grecia y el mundo romano, y de las divinidades de los pueblos Slavs y Germanos.

El distinguido escritor teólogo P. Perrone, ha publicado la victoriosa refutacion de un anónimo protestante en el que se negaba la permanencia, obispado y martirio de San Pedro en Roma.

D. Pantaleon Moreno Gil y otros auto-

res dramáticos se ocupan también en escribir nuevas producciones para la escena.

Este movimiento literario no dejará de comunicar su influencia á nuestro suelo, donde el mercantil preocupa en este momento la atención de las sociedades de crédito y opulentos banqueros.

El espíritu de especulación se ha desarrollado de una manera alarmante.

Las sociedades de crédito germinan de una manera asombrosa.

El crédito llegará con el tiempo á ser un papel no cotizable, por aquello de que *año de mucho, víspera de nada*.

En los antiguos tiempos la palabra *crédito* tenía un valor indefinido; hoy, está ya tan vulgarizada, que si bien es una necesidad para algunos, para otros es un mito su significación.

Según un distinguido escritor, el *crédito* es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Hoy, se ha dado vida al *crédito*, y viento fresco á los saneados capitales que escondían nuestros abuelos en dobles arcas de roble.

La *especulación*, es en estos tiempos la vida del hombre, el lazo de la familia, la *atmósfera social*.

La creación del *Banco hipotecario* es el caballo de batalla de muchos.

Fuera de nuestro dominio el tratar sobre este punto, nada decimos.

El Excmo. Sr. D. José Campo ha presentado en la alta Cámara proposiciones muy aceptables en nuestro concepto, y que si se tomasen en cuenta, darían ventajosos resultados.

Esperamos la resolución del gobierno.

Los ánimos se ensanchan al contemplar cercano el día de poder respirar la fresca brisa en las playas del Cañamelar.

Muchas son las familias que irán este año á dicho punto, y entre ellas algunas de la aristocracia.

Allí veremos jóvenes sencillas, que acariciando las olvidadas plantas de los jardines, se ocupan en regarlas por el frívolo pretexto de ver caer el agua en las hojas del geranio, resedá, y sándalo.

Todo cuanto encierra aquel poético sitio, son recuerdos que excitan el entusiasmo y recrean el espíritu, y cuanto abarca el horizonte, resplandece con ese color diáfano é indefinible que presenta la estación, la cual devuelve sus frutos al campo, como todo amor sus esperanzas al corazón.

Mucho nos alegraremos tener ocasión de poder consignar en las columnas del MUSEO LITERARIO las amenas reuniones que se improvisen durante la temporada veraniega.

Los elegantes baños de la Florida se están arreglando, y de esperar es que á ellos acuda tanta gente como el año pasado.

Esta noche tiene lugar en el aristocrático coliseo, el gran concierto de la Sociedad Artística y Musical, del que nos ocuparemos en el próximo número.

Muchas comodidades, muchos motivos de distracción y recreo para unos; muchas privaciones y disgustos para otros.

¡Tal es la condición de los mortales:

Gozar cuando otros lloran!

GERÓNIMO FLORES.

EL ARTE.

(Conclusion.)

III.

En este mundo las naciones como los individuos tienen su razón de ser, son como términos de una serie, viniendo á cumplir una misión providencial, á llenar un objeto. Grecia tuvo la de purificar el arte que en su suelo fue puro y bello como una sonrisa de

amor; la de recoger el aliento de generaciones que se sepultaban en montañas de arena y que vagaba velado en los sombríos templos de Menfis y de Sais; la de conservar, casta sacerdotisa, vivo en su pecho el fuego sacro de la inspiración, reflejando en ella la sonrisa de su límpida y serena atmósfera y la de sus matizados campos.

El progreso del arte corre unido al progreso de la humanidad; sufre las mismas modificaciones y experimenta sus mismas vicisitudes. El panteísmo, escrito en las piedras de los edificios sombríos de la India, se transformó en politeísmo, escrito también en los esbeltos pórticos de la Grecia. El sentimiento de lo bello, el arte que arrancó á la inspirada lira de los poetas que descansaban voluptuosamente al pie del Olimpo armoniosos cantos, se desarrolló y creció al impulso de la idea que había levantado la inteligencia de Licurgo y de Platon; se descompuso después también en mil manifestaciones, espresando en su politeísmo la divisibilidad que deshizo la unidad simbolizada en los pesados monumentos de los pueblos teocráticos que la habían precedido. Así es que el sentimiento de la belleza algún tanto espiritualista, substituyó á la puramente física; la actividad, á la negación de la vida; embelleciendo el arte con las imágenes que le inspiraba ya la blanca espuma del azulado mar que dormía en sus costas, ó ya el pintoresco paisaje de su suelo, tan poético como el núnem de sus artistas y que rizaba la embalsamada aura que espiraba sonriendo en el Eurotas y en el Iliso. Todo se engrandeció aquí; en su estatuaría ya no hay animales como en la egipcia, el hombre se levanta con toda la magestad de su grandeza para representar la belleza. La variedad sustituye á la unidad, y la idea del *yo* humano al sufrimiento y fe ciega de las creencias religiosas del pueblo indio. El Oriente había sido la esclavitud del espíritu, la muerte del alma cuyo último suspiro apenas pudieron recoger las ondulaciones del tiempo; Grecia, la risueña ondina del Mediterráneo, era la libertad que sonreía con la pureza del primer albor del géneo. Es verdad que el pobre ilota iba aun envuelto en el sudario del despotismo que le oprimía; que se ahogaba la conciencia moral en el corazón de Sócrates, cuya palabra fue á espirar en los bellos labios de Hypatia, la austera musa del paganismo, que al romper su severa y clásica lira, apagó la vida de los dioses que habían inspirado á tantos géneos, y á tantos y tan sublimes artistas. Pero la humanidad tiene sus etapas, obedece en su desenvolvimiento histórico á la ley del progreso que va deshaciendo uno á uno los obstáculos que han impedido brille la espontaneidad del alma en todas sus sagradas manifestaciones.

En Grecia, pues, se engrandeció el arte porque le anima el sentimiento de lo sublime, la fecunda y progresiva sávia de la civilización, que crisalizando la idea espiritualista, eleva el espíritu y le prepara para la nueva religión que ha de cambiar la manera de ser de la humanidad toda. La epopeya de su grandeza lo mismo está escrita en la Iliada que en el Parthenon. El mundo antiguo, al sacudir su panteísmo para revestir nueva forma y nuevo carácter, se encontró sin base; era un edificio que amenazaba caer hecho mil pedazos; y Grecia fue el obrero destinado á reconstituirle con su idea, el artífice encargado de embellecerle con su sentimiento. Por eso, poeta, recogió las imágenes que habían caído de las imaginaciones de aquellos pueblos, para los que todo era ilimitado como el pensamiento de Dios; tribuno, se apropió las ideas de sus filósofos y creó sistemas y escuelas en los Liceos y espíritu de libertad é independencia en la plaza pública; fué el heredero de todas las tradiciones. En vano sería querer encerrar en la limitada expresión de la palabra humana el desarrollo armónico de las bellas artes en

este privilegiado suelo, que recibe como un mar gigante, confundiendo en estrecho abrazo los ríos de ideas que vienen á su seno; que recoge las ráfagas de luz que brillan esparcidas en el mundo del arte, para formar el luminoso foco de la estética é iluminar con luz esplendente y viva el muerto secreto de las civilizaciones india y egipcia, que yace insepulto en sus sombrías pagodas. Algunos pueblos que apenas habían personificado sus creencias y sus aspiraciones en monumentos de ninguna clase, al pisar el suelo de Grecia los levantan suntuosos de mármol y de piedra, cuya grandeza es mezquino pedestal para su genio. Traducidos sino, y en el fondo encontrareis la inspiración de esos seres que parecen condensar en una idea ó en una piedra la vida que anima á toda una época. Aquí comienza, pues, el arte verdadero, aquí los eslabones de esa cadena que trasmite el pensamiento por medio de formas sensibles, que aunque paganas, están ya purificadas por el presentimiento de la nueva luz que adivinó su poeta que siente un dulce arrobamiento en el alma. Hay ya magestad en las líneas, poesía en las formas, regularidad en su estructura, belleza en su todo. La columnata esbelta y armoniosa se estria graciosamente en el espacio, dá pureza á sus detalles el sencillo relieve, el pórtico triangular y el techo plano, el pedestal se agracia, la bóveda y el arco adquieren valentía, la cúpula intenta acariciar las nubes, y el obelisco que se alza sobre el túmulo se ensancha representando ya las evoluciones de su arte. La arquitectura en este pueblo representa la belleza, como en la India había personificado la naturaleza; ésta despertó en el corazón humano la tendencia al perfeccionamiento, y Grecia no pudo menos de espiritualizarse, dejando evaporar las lágrimas del alma que se tradujeron en todas sus manifestaciones. Verdad es que el cuerpo tuvo sus templos en los termas y en los gimnasios, risueños como su placer y voluptuosos como su molición; pero en cambio de esta expresión mezquina de su amor á las formas, rendían un tributo de respeto á la eternidad que se dibujaba mas allá del azul siempre riente de su cielo. Los cementerios reflejaban esta veneración. De manera que la arquitectura llegó á ser su idioma, su religión, su pensamiento de amor y sus costumbres; sus aspiraciones están fielmente condensadas en la colosal estatua de Júpiter Olímpico y en el Parthenon. La escultura, espiritualizándola después, hace tomar formas bajo el cincel de Fidias á la idea de Homero. Sus poetas, que bebieron la miel del decir en la nacarada cuna del sentimiento, elevan al alma, comprimida por el materialismo oriental, que exhala los fieros suspiros que cruzan los espacios para adivinar el sueño de la eternidad. Sueño que es el misterio de su vida, el deseo de todos sus instantes, que intenta ver mas allá de las divinidades de su Olimpo, que caen por fin en el ridículo, pulverizadas por el nuevo espíritu que tiene en Esquilo su trágico y en Aristófanes su Voltaire. Los dioses que había cantado Homero, eran solo una preparación del verdadero Dios, expresión que lo mismo la traduce la arquitectura y la escultura, que el canto y la tragedia. El arte, pues, había entrado en una nueva senda, era casi un tipo de perfección, obedeciendo á leyes tan fijas é inmutables como las de los graves para los cuerpos sólidos, como las del nivel en los líquidos. Era un arte de arranque, de iniciativa; emancipó el pensamiento, que tuvo allí su primera Maguncia, y que al verse en libertad dejó un gran recuerdo y una gran idea á las generaciones que venían, á las que hoy existen; que cuando con viril acento intentan cantar la epopeya de su grandeza y la iliada de su independencia, acuden á cortar sus lirás á los campos de Maraton y de Salamina.

Roma le sucede.

Pero el arte en la patria de Roma no tiene originalidad, no sabe crear, imita. Sus filósofos copian á Zenon y Aristóteles; sus oradores á Demóstenes é Isócrates, sus poetas á Homero y Pindaro, sus escultores á Praxiteles y Fidias; Grecia, coronada de blancas azucenas, mece en su regazo al arte romano, que solo sabe vivir á su sombra. Este pueblo no podía ser artista, porque si creía era por la necesidad de aparentar una creencia, solo tenía fé en su orgullo: su mirada era material, los ojos no traducían las armonías del alma. La guerra ocupaba todo su espíritu; asimilarse todas las razas era su aspiración mas bella. Y un pueblo que no creía, que llevaba en su frente la duda, la vacilación en su ánimo, la indiferencia en su conciencia, no podía crear, estaba destinado á copiar servilmente lo que otros habían concebido. El arte fue aquí, pues, una miserable rapsodia; la hueca cúpula que quiso crear en su arquitectura, no pudo sostenerse. Parecía esperar algo.

ANGELINO ESTELLER.

JUAN COLIN.

Leyenda tradicional.

(Continuación.)

IX.

Juan Colin, pocos momentos después de retirarse Catalina, volvió de su desmayo, y lo primero que hizo fue dirigirse á la cámara de las jóvenes y desde la puerta, sin entrar, decirles que se preparasen y que saliesen si fuera posible á esperarle al campo para facilitar mas la huida.

Vuelto á su estancia, esperaba impaciente á Catalina, martirizándose inútilmente pensando en su ausencia; pero al mismo tiempo ayudándose de la prudencia para no dar lugar en un instante á destruir sus intentos.

Las doce de la noche serian, y ya hacia algun tiempo habia cesado del todo la lluvia, sustituyéndola un fuertísimo huracán, que habia producido, como ya hemos visto, el derumbamiento de algunas partes del castillo, pero sin desaparecer la densísima oscuridad que reinaba y las luces eléctricas que de vez en cuando se desprendían del firmamento.

Sin embargo de que no habia mediado sino muy poco tiempo desde que Juan Colin volviera de ver á las jóvenes y avisarles de la partida, éste se encontraba impaciente y desencajado de furor, sin saber qué determinar, pero esperando á Catalina.

Al fin ésta apareció.

—Doña Isabel dijiste, preguntóle Juan Colin.

—Sí, Doña Isabel; sí, la madre de esas jóvenes.

—A asesinarlo, Catalina, llévame á asesinarlo.

—Calma, Juan; aun todavía nos podemos perder.

—¡Ah! no, vamos.

—Hace un momento, te parecia terrible ese crimen que yo te proponia, y ahora lo anhelas con locura.

—¿Dónde está Doña Isabel, dónde?

—En la torre segunda.

—¡Ah! por eso habia oido yo sus gritos; lo habia adivinado: conduceme á ese lugar.

—¿Pero qué razon te mueve ahora para ansiar matar al jorobado? ¿Sabes quién es?

—Es un verdugo.

—Es el verdugo á quien sin duda la sultana favorita encargó la muerte de Doña Isabel, y ya ves que la ha respetado y vive.

—Pero la hace sufrir y es su víctima eterna.

—Antes al contrario, él es la verdadera víctima, porque la ama con el mas desesperado delirio.

—Y por eso la tiene encerrada, y la destroza y la desgarrá en su asquerosa locura. ¡Ah!

llévame, Catalina, para que beba su sangre. Ni un momento mas.

—Es necesario esperar aun un poco.

—No, no.

—Es preciso avisar á las niñas.

—Ya lo he hecho, están preparadas, vamos.

—¿Tienes puñal?

—No.

—Pues toma uno.

—Vamos corriendo.

—No, Juan, todavía no; tú eres muy débil y llevarias desventaja en la lucha.

—Mi desesperación me convierte en un tigre.

—Hace un momento he servido un calmante á Amru, que le hará dormir dentro de cortos momentos.

—¡Oh! me ahoga la venganza.

—Calma, Juan, los momentos son terribles.

—Y tú me habias engañado, no me decias la verdad de los hechos.

—Jamás lo hubiera hecho, si no hubiera tenido en ti confianza; y hoy ya la tengo.

El sacristan habia intentado calmarse, aunque sus ojos en medio de su tez lívida semejaban dos manchas de sangre; y Juan Colin, al escuchar las últimas palabras de Catalina, se sonrió terriblemente y bajó la cabeza.

Pasados unos momentos de silencio, Juan Colin continuó:

—¿Será ya hora?

—No, le repuso Catalina secamente; la precipitación nos perderia.

Juan Colin pareció tranquilizarse, y repuso:

—¿Y qué esperamos?

—Que Amru haya cogido el sueño letárgico en que le sumergirá la bebida.

—¿Cuánto tiempo para mi venganza! ¡paciencia!

—¿Deseas matarlo? díjole sonriendo aquella muger espantosa.

—Cien y cien veces, si fuera posible.

—Después ya podremos vivir tranquilos, añadió con salvaje satisfacción la Cañizares.

—Sí, muy felices.

—Y si tú supieras.... además....

—¿Qué! ¡habla!

—Que será dorada nuestra felicidad.

—No te entiendo.

—Torpe.

—Espígate.

—Que nuestra vida se deslizará tranquila en medio de la opulencia.

—¿Tienes oro?

—Muchísimo.

—¿Tuyo?

—Nuestro, porque á Amru pertenece.

Desde que habia visto segura la Cañizares la criminalidad de Juan Colin, y que á ella se igualaba y escedia, lo creyó ya infalible para sus propósitos, y no tuvo inconveniente de entregarse á él de todos modos.

Juan Colin, en cambio, contestaba á todo maquinalmente, pues no tenia mas idea que la de su venganza, y preguntó de nuevo:

—¿No es hora todavía?

Catalina se desentendió, y contestó:

—Será preciso tardar algun tiempo después para encontrarlo.

—¿A Amru?

—No, el tesoro.

—¡Ah! sí.

—Iremos á la cuadra y trabajaremos juntos para concluir mas pronto. Allí tenemos azadas, y cavando en el sumidero....

—Catalina, dijo Juan Colin casi delirante, no puedo, no quiero de ninguna manera esperar mas. Me es imposible. Tengo sed de la sangre de ese infame.

—Vamos al momento; pero vuelvo á recomendarte la prudencia.

—Sí, sí, vamos.

—Por aquí, dijo Catalina tomando un velon.

En este momento salían tambien las jóvenes al campo, rebujadas en largos mantos negros, y silenciosas como estatuas, aunque estrechándose tiernamente.

X.

El último piso de la torre del lado derecho de la frontera del castillo ruinoso parecia un antro horrible, mas que una habitación para humanos seres. Sus paredes ahumadas y descarnadas semejaban en su polígono una lóbrega cárcel.

Dos puertas solamente tenia este círculo, pues los demás lados eran ventanas incrustadas. La puerta de entrada, que era la que daba á la escalera que conducía á la torre, y á su inmediato lado por la izquierda, la que guiaba á una estrecha y corta galería que comunicaba con la otra torre cercana.

A la derecha de la puerta de entrada, y frente por frente casi de la otra segunda torre se hallaba sentado en un gran sillón de baqueta negra un hombre de una estraña y espantosa figura.

Su semblante colocado naturalmente, era imposible verlo, por efecto de una enorme joroba, que levantaba su espalda, y hacia que su cabeza formase una de las puntas de la media circunferencia que la constituía.

Era imposible pues, que nadie entrase en aquel cubil sin que él lo viese, pero esto teniendo que levantar un poco la cabeza de su posición natural.

A su lado izquierdo, pues, se hallaba, como hemos dicho la puerta de la escalera; de modo que tras de la otra puerta, la que conducía á la segunda torre, era donde se encontraba su víctima.

El silbar estruendoso del viento en aquellas alturas descubiertas é indefensas á sus embates, semejava gritos, ayes, voces y rugidos en inmensa confusión, parodia horrible de la desolación de un incendio.

Aquel lugar aislado, solitario y medroso, rodeado de un misterio profundo, é inspirando un terror pánico á cuantos lo divisaban desde lejos, era una cosa que asombraba á todo el mundo, pero sin que por ello se pudiesen explicar la causa de tal asombro.

Aquel castillo tal vez habia sido y era el origen de muchas historias de negros crímenes.

La noche además oscurísima y el aquilon que zumbaba desapiadado, todo, todo hubiera anodado al ser mas fuerte y poderoso.

Aquel asqueroso jorobado ya lo habia insinuado Catalina, amaba desesperadamente á la muger que estaba encerrada en la segunda torre, y aquella muger era su víctima.

Aquella dama era la madre de las dos jóvenes, que ya conocemos, Isabel é Inés, á quien jamás habían visto por haberles hecho creer Catalina que estaba muerta.

Solo la desesperada locura de Amru el jorobado, y hasta cierto punto la maldad de la Cañizares, hubieran podido ser los autores de tamaña infamia.

Amru habia comprado á Catalina, para que de las niñas cuidase, y Catalina se dió por muy satisfecha con estar separada del mundo, que la perseguía de muerte y se asoció con aquel infame.

Esta muger, pues, le habia sido fiel á Amru hasta el instante en que llegara á conocer al sacristan Juan Colin; pues creyó entrever en este y la historia que allí lo conducía toda su esperanza. Astuta la Cañizares no quiso irse de ligero, y estudió paso á paso al pobre sacristan hasta el punto de creer firmemente el hacerlo su salvación y víctima; y solo pudo ya pensar desde este momento el librarse de Amru para siempre.

Algo mas de seis años hacia que lo conocia, es decir, cuando Juan Colin llegó por primera vez á la villa inmediata, y se ganaba el sustento cantando con su guitarra por las calles.

El cómo Juan Colin entró en el castillo, y la sorpresa que en él tuvo, al ver en aquellas lindas jóvenes la verdadera fisonomía de

su perdida y muerta señorita Doña Isabel de Solís, ya lo sabemos, lo mismo que la benevolencia con que la Cañizares lo acogió con el intento de valerse de él.

A los pocos días de esto Juan Colin era sacristán de la iglesia de la villa, y principió á ir alguna que otra vez y siempre de noche y misteriosamente, á ver á aquella muger, y á las jóvenes principalmente, restos del tesoro que él había llorado perdido.

Falta aun decirnos que Amrru era el moro, el verdugo, á quien la sultana favorita del rey de Granada le habia entregado á Doña Isabel de Solís para que la asesinasen despues que habia sido violentada por el príncipe Abon l'Has-sam.

(Se continuará.)

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

ISLAS DE CHINCHA, productoras de guano.

En la estraccion del guano se emplean operarios libres del Perú, Chile y China, algunos chinos que se contratan por siete años, y presidiarios de diferentes puntos del Perú, á quienes se paga segun el trabajo que hacen, á razon de seis reales por tonelada. La labor se ejecuta formando surcos por la parte exterior á fin de que pueda llegarse fácilmente á la cima, y en los escalones que se van haciendo trabaja un solo operario, como indudablemente debe ser para que se sepa el trabajo que ha llevado á cabo trabajando por su cuenta como lo hace.

El acarreo se verifica: desde el punto en que se halla el operario á los wagones del ferro-carril, en carretillas ó carretones con ruedas, de cabida de mas de dos toneladas, y desde los wagones á las mangueras, que son unas especies de fajas de algodón muy ordinario, unidas por su parte superior á un conducto colocado en la parte inferior de un recipiente, donde se vierte el contenido de los carretones, y en la parte inferior de estas mangas se hallan los barcos, que permanecen quietos por medio de amarras. Tambien hay otro aparato con este mismo objeto que se llama mole, y cuya diferencia consiste en que en vez de mangas ó fajas de tela tiene tablas, circunstancia que las hace preferibles por no desperdiciarse tanto al hacer la carga de los buques.

Como generalmente tras el uso viene el abuso, el comercio, para satisfacer el anhelo de los agricultores, ha sofisticado el producto, á fin de que reduciendo su precio pudiera ser accesible á todas las fortunas, y para que lo subido del costo del guano no fuera obstáculo á su empleo por los labradores, y le han mezclado con sustancias estrañas, y especialmente térreas, siendo las que mas comunmente se la mezclan arena, ceniza, yeso, tierra, greda y hasta serrín. La falsificación es fácil conocerla á pesar de la semejanza de color y aspecto de estas materias con el guano, bastando solo pesar igual cantidad de guano bueno y verdadero, y de otro cualquiera, para ver que el natural es mas ligero por no contener las sustancias pesadas que el otro encierra. Por lo general el pié cúbico del guano mas excelente pesa 32 libras, y el adulterado no baja de 36, diferencia que se hará mas notable desecando ambos productos al baño María, pues en este caso el guano natural pesará 28 libras, y 34 ó mas el adulterado, operacion

que puede efectuarse perfectamente por el uso del peso graduado de Melsens.

Las *guaneras* ó depósitos de guano se ha creido por Humboldt son de origen antdiluviano, pero de sus mismas apreciaciones ha resultado, que su existencia se explica naturalmente como formados en la época actual, habiendo bastado que las muchas aves que en las islas de Chinchas depositan sus excrementos, los hayan depuesto por seis mil años para formar una masa de 300.000.000 de quintales, lo que dá solo 200.000.000 menos de la masa en que se calcula su producto, debiendo tener presente que á los 300.000.000 que dan solo las deyecciones, hay que agregar los despojos de las mismas aves.

Francisco de Rivero calculó en 1844 el volumen de guano existente en el Sur, Puntagrande, Chíncha, Vlesasy, Caretas y Balleja, y resultaron 58.560,000 varas cúbicas ó sean

tortuga y otros animales muertos en la playa.

Respecto al empleo de este precioso abono, en Arequipa se emplean 400 kilogramos por hectárea para el cultivo del maíz, resultando que las tierras que solo daban 18 por uno de simiente, dan con el guano 230, especialmente en los terrenos areniscos y húmedos de las costas. En España se emplea en Valencia para el cultivo del arroz, cáñamo, panizo, aluvias, naranjos y frutales, aunque en distinta cantidad, pues para las cuatro cosechas principales y el cáñamo, usan una barchilla para una hanegada de tierra, y una cuarta parte para los demás cultivos, consumiendo solo Valencia mas cantidad de guano que el resto de la Península. Finalmente, de todos los esperimentos hechos resulta, que el guano mas bien obra como estimulante que como abono, produciendo efectos rápidos cuando se encuentra empleado convenientemente, ó sea en tierra á propósito y con la humedad necesaria para que se disuelvan los simples que por su naturaleza deban y puedan fundirse.



MANGUETAS Y DEPÓSITOS PARA EL TRASBORDE DEL GUANO
EN LA ISLA DE CHINCHA.

cerca de 645 kilogramos, que se divide, segun su procedencia y época de su formacion, en guano terroso, amoniacal, blanquecino y pardo, observándose en todos, sin embargo, la misma naturaleza de composicion, variando únicamente sus circunstancias en el influjo que en él ejerce la atmósfera y la lluvia, que como ya hemos dicho, contribuyen eficazmente á dar á este producto su carácter especialísimo.

De los diferentes análisis hechos para conocer el término medio de la composicion del guano de las islas de Chíncha, ha resultado formarse de 100,00 de materias orgánicas, incluso los ácidos útrico y oxálico, sales amoniacales, fosfato de cal, ácido fosfórico, sales alcalinas, sílice, arena y agua, en diferentes cantidades; 26,28 de fosfato, neutro, de cal, soluble, fosfato de cal, tribásico, insoluble, tambien en diferentes porciones; 14,20 de azoe y 17,32 de amoniaco. En algunas islas del Océano Pacífico hay tambien guano terroso, y muy particularmente en Baker y Jerwis, que consta de los excrementos de las aves, restos de pescados y carapachos de

EL GÉNI0 Y LA INOCENCIA.

Balada histórica.

I.

En uno de los mas pintorescos lugares que presenta París, cerca del bosque de Boulogne, se encontraban una tarde de Mayo dos niñas preciosísimas, enredando á las orillas de un lago, sneltos al aire los cabellos rubios de la una y los negros de la otra.

Un lago, á la caída de la tarde, es un espejo de cristal, movable y trasparente, donde vienen á retratarse toda la melancolía, toda la pereza, toda la voluptuosidad de las últimas horas del sol.

La naturaleza parece que se queda dormida. Las aves buscan perdidas en los horizontes sus nidos de oro; los céfros de la noche gimen entre las hojas; las flores tiemblan en sus pedestales de esmeraldas, y se cierran sin ruido, de la misma manera que pueden cerrarse los ojos de un niño, vencidos por el sueño. El monte se asemeja á una sombra muy negra que se levanta sobre los prados; las águilas que se agitan en sus cumbres parecen los genios del crepúsculo; y toda la armonía de ese momento

en que muere la luz, es semejante al eco de una oracion.

Las dos niñas contemplaban el magnífico golpe de vista que se presentaba á sus ojos.

Unas veces corrían juguetonas impulsadas por la locura juvenil de sus primeros años; otras veces, abandonadas y libres, quedábanse detenidas bajo un árbol cualquiera; se miraban las dos y las dos callaban como heridas de un mismo sentimiento; muchos instantes reían; luego cantaban, y al verlas despues, con los ojos elevados al cielo, sin dirigirse una palabra, cualquiera hubiese dicho que lloraban en silencio.

¡Qué hermosas estaban las dos niñas á la caída de la tarde!

¡Feliz el lago que reproducia en su lecho de perlas aquellas dos figuras fantásticas engendradas tal vez por la primavera, para encanto de sus vergeles.

¿Quiénes serían aquellas dos niñas?

II.

El sol iba empezándose á ocultar tras la magestuosa frente de las montañas.

En uno de los extremos del lago acababan de divisar las dos niñas una cosa negra que se movía y que no dejaba de llamarles la atención.

Los primeros años son impacientes y vivos como el relámpago.

Aquellas dos jóvenes estaban solas, eran inocentes, tenían curiosidad.... ¿qué obstáculos les cerraban el camino?

La curiosidad es el primer enemigo de las mugeres, aun siendo niñas, y vive con ellas como vive el ruido en el aire, y la sombra detrás del cuerpo.

La cosa negra no dejaba de moverse, y Emilia y María, porque así se llamaban las dos niñas de aquel paraiso, se dirigieron á ella, ansiosas de examinarla cerca.

Al tocar en el punto de su fatigosa carrera quedaron sorprendidas ante la escena que contemplaban.

Un inspirado artista, célebre entre nuestros pintores contemporáneos, trasladaba al lienzo, con su brillante pincel la perspectiva que le rodeaba, la muerte del sol, el nacimiento de la luna, reflejándose en el lago, y las primeras sombras de la noche, que se extendían sobre las cañadas y sobre los valles.

La imaginación del artista, de ese poeta mudo, que canta con el pincel y que habla con los colores, en alas de su fantasía, volaba y volaba por las misteriosas regiones donde habitan la inspiración y el genio.

Estaba tan absorto en su magnífica obra que no se apercebió ni aun de la llegada de las dos niñas.

¡Qué cuadro tan arrebatador y tan sublime! El genio velado por la inocencia, y la inocencia velada por Dios, que sonreía en el cielo con el primer rayo de la luna.

El pintor seguía llenando de misterios y de bellezas la vaporosa superficie del lienzo.

Emilia y María no habían podido comprender aun lo que presentaban. Mas bien que dos niñas, parecían dos estatuas, colocadas allí por el pintor, para que le recordasen, quizá, la hermosura de los ángeles.

De pronto María, con una voz parecida á los ecos de un arpa, que vibran en el viento, sin saber de dónde brotan, dijo á Emilia, sin apartar los ojos del cuadro:

—Mirale bien, Emilia, mirale bien; ¡¡pobrecito!! ¡¡Qué manera tiene de buscarse la vida!!

Emilia volvió entonces á repetir las inocentes palabras de María, y las dos se avergonzaron.

El artista volvió los ojos...

El sol acababa en aquel momento de esconder su último rayo.

III.

El pintor despues de mirar á las dos niñas, ha clavado sus ojos en el cielo. Les habla, pero no responden. Un ruiseñor gorgoea de pronto estremeciéndose con su aleteo las hojas de las acacias.

Indudablemente aquel ruiseñor debe responder por las niñas.

El alumno de Murillo no cesa de mirarlas, y á la par que las mira, dibuja en boceto dos figuritas blancas en el fondo del cuadro.

Las dos compañeras sonrien graciosamente; se inclinan ruborizadas ante aquel sér que no conocen, y ligeras, como las mariposas, desaparecen por las orillas del lago.



TIPOS DE LAS DAMAS JAPONESAS.

El artista las llama, pero no le contestan. Ya no puede distinguirlas y no sabe dónde se habrán ocultado.

La aparición incomprensible de aquellas dos hijas de las flores y su misteriosa desaparición le trasportan á un mundo desconocido que crea su imaginación delirante.

Embelesado y aturdido encierra los pinceles, recoge los objetos de su precioso estudio y desaparece tambien por el mismo sitio en que desaparecieron las niñas.

IV.

El sueño es una especie de cristal que reproduce nuestros recuerdos, nuestras lágrimas, nuestros placeres, y las imágenes enloquecedoras que se guardan dentro del corazón.

Los que tienen fe en los sueños, bien

puede decirse que han encontrado dos vidas.

La primera emoción de una sorpresa no se comprende nunca, y sin embargo, el sueño nos la describe muchas veces.

Contemplamos una muger hermosa, y un secreto impulso del alma nos encadena á su hermosura.

Si soñamos luego con aquella muger, indudablemente es aquella muger la que amamos.

El artista adivinó en sus ensueños las figuras de Emilia y de María.

Cuando se despertaba el sol, iluminando su gabinete, el pintor, clavó desde su lecho los ojos en el cuadro.

Levantóse con toda la rapidéz y la alegría del que ha concebido un pensamiento celestial, y tomó los pinceles.

Pocos instantes despues las figuritas blancas del paisaje estaban revestidas de colores y de belleza, de animación y de vida, de candor y de melancolía.

A la misma hora de la tarde anterior, junto al lago del Bosque, se divisaban al cuadro, al artista, y á las dos niñas delante de él.

Las dos se miraron de pronto, como preguntándose algo.

¿Qué tenía aquel lienzo para ellas?

En aquel lienzo María conoció á Emilia, y Emilia conoció á María.

¡¡Las dos se conocieron y las dos se abrazaron!!

El pintor, al sorprender arrebatado las emociones de aquellos dos ángeles, comprendió entonces el mérito de su obra.

El genio, cobijado por la inocencia, se remonta siempre á la esfera de lo sublime.

Aquel cuadro encumbrió mas y mas el buen nombre del pintor, quien no dejaba de recordar las misteriosas palabras de María.

¡¡Pobrecito!! ¡¡Qué manera tiene de buscarse la vida!!

Las dos niñas volvieron á desaparecer aquella tarde, y el pintor no ha podido encontrar-

las mas por aquellos deliciosos vergeles.

¿Si serian dos ángeles que bajaron de las alturas para dejar en la tierra un recuerdo del cielo?

El artista era Gisbert, el eminente autor del cuadro de los Comuneros y de Doña María de Molina.

A. F. GRILLO.

Madrid.

LA INFANCIA DE CERVANTES

ó el genio se revela.

(Continuacion.)

Muzaraque era un gentil moro, que se habia enamorado de la hermosa doncella Zulema,

hija de un rico labrador de las márgenes del Henares. Tenía este labrador entre sus riquezas, unas minas de oro, cerca de Alcalá, tan abundantes de este metal, que al decir del vulgo, podía forjar con él todas las cadenas de que han necesitado los tiranos para oprimir á sus pueblos; y estas minas con otras muchas haciendas de campo y hermosos palacios, eran la dote de su hija única Zulema, que no necesitaba de más dote que su hermosura para ser solicitada por los mas valerosos príncipes de la tierra. Muchos la pidieron á su padre aun siendo niña y sin haberla visto, porque ya su fama se extendía de polo á polo; mas ella despreciando las altas por la humilde cuna, y el lustre de la sangre por el de las obras, había dado la preferencia al jóven moro Muzaraque, hijo del mayordomo de su padre, quien no queriendo contrariar un punto sus gustos é inclinaciones, porque estaba persuadido que debajo de tanta belleza, no podía encubrirse pensamiento que no estuviese bien encaminado, aprobó su eleccion, y solo esperaba que Zulema llegase á la edad en que pudiese recibirlo por esposo.

Yendo, pues, dias, y viniendo dias, hubo de tentar á Muzaraque el demonio de la codicia, y prendarse, más de lo que debiera, de los bienes que aun no poseía, descuidando el bien del cariño de Zulema, en comparacion del cual, decían los hombres: que eran poco todas las dichas del mundo y aun el mismo cielo de Mahoma; pues, en efecto, el rostro de la mora escedía á toda perfeccion humana, y llegaba á los límites de la divina, y como Muzaraque tenía ya alojada en su pecho esta vil codicia, se dejó decir un dia, que entre la mano de Zulema y su rica dote, no sabría por cuál decidirse buenamente.

Llegó esto á oídos de la mora, que la maledicencia es aire sutil, y apenas entendió tal pensamiento, comenzó á entristecerse y á acabarse á manos del dolor y la melancolía, y fue su mal de manera, que no alcanzó á curarle toda la ciencia de Avicena y Averroes, y murió á lo que se cree, en las soledades del campo y comido de los lobos tan hermoso cuerpo; pues un dia desapareció de su casa y nunca más se tuvo noticia de ella.

Quedó Muzaraque desatentado, no por la muerte de Zulema, que casi olvidada tenía, sino por perder de una mano á otra, como se dice, el anhelado tesoro: y como una vez dado paso á una pasión diabólica, no hace el hombre mas que acciones de verdadero diablo, luego se fijó la mente del moro, en ver cómo podía, por artes ó por crímenes, entrar en posesion de los bienes que tanto había codiciado. A este fin andaba taciturno y alejado de las gentes por lugares solitarios, meditando en su malvado proyecto de asesinar á Ben-Alí, padre de Zulema, mudanza que no sorprendió á los que le conocían, antes juzgaban que todo esto era efecto de la pena que sentía por la muerte de su amada, y que iba á buscar su alma en los valles y umbrosos bosques.

Sucedió, acaso, que un dia, paseando Muzaraque por las inmediaciones de Alcalá, y cerca de la cuesta donde estaban las minas de Ben-Alí, vió una vision en figura de muger, con largas tocas y cuernos retorcidos como de ciervo, la cual le hacia señas de que le siguiese. Siguióla Muzaraque sin ser poderoso á resistirse, y subiendo la estraña guia la cuesta del cerro poblado de encinas y otros arbustos, le llevó á un parage escondido, en donde había una abertura, con arte practicada, para dar paso á una profunda cueva. Al llegar al pie de ésta el espantajo guion, dando un silbo como de serpiente, desapareció, y Muzaraque fue llevado en volandas hasta parar en un palacio riquísimo lleno de luz diáfana, y luego en la presencia de Zulema, que en toda su juvenil hermosura le recibía en sus brazos.

Estaba Muzaraque fuera de sí, mirando

aquello, y se tentaba ojos y cuerpo para ver si estaba despierto y era realidad cuanto tenía delante de su vista; pero la admiracion y el gozo llegó á su colmo, cuando oyó de los labios de Zulema, que no era cuerpo de aire vano, ni hurí, ni fantasma, que hubiere tomado aquella apariencia para engañarle; sino Zulema en persona, en carne y hueso, sentidos y potencias.

—Pues ¿cuál fue la causa?...—

—¡Chit! dijo la mora poniendo el índice en sus labios de coral, é interrumpiendo esta pregunta de Muzaraque. Basta que sepas que están aquí encerradas todas las riquezas de mi padre, y que está aquí encerrada mi hermosura.

—¿Cuál de estos bienes prefieres tú?

—¿Y puedes dudarlo? ¿No es tu hermosura el mayor de los tesoros del universo?

—Está bien, dijo Zulema: muerta como estoy para mi familia y para el mundo, yo te entrego mi hermosura y mi corazón, si quieres mi corazón y mi hermosura. Si prefieres mis tesoros, no tengo más que regalarte este anillo, y puesto en tu dedo, tendrás todo el oro y todos los bienes que imaginarte puedas.

Y diciendo esto comenzó á sacar de su dedo un precioso anillo.

—¡No! exclamó Muzaraque, tratando de impedirlo. Consérvalo tú, amada mía; por Alá, consérvalo y no me juzgues tan bajo que trueque tan grande bien como tu amor, por un pedazo de vil metal. Por Mahoma su profeta, te juro, que siendo tú mía, tengo en poco todas las dichas de la tierra.

(Se continuará.)

NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA.

LA CORRIDA DE TOROS.

Traducción de lord Byron (1).

Abierta está la liza y la espaciosa
Arenas aun libre: en gradería estensa
La multitud se apiña, y no hay un claro
Para quien tarde á los escaños llega.
Los grandes, los hidalgos y las damas
En las miradas del amor maestras,
Vense doquier; pero á curar la herida
Que con los ojos en el alma abrieran,
Dispuestas siempre están. No el desden frío
Esa muerte dá allí de que se quejan
Cantando del amor los tristes daños,
Con frecuencia infundada los poetas.

No se oye ni una voz. La frente ornada
Con un blanco plumaje, las espuelas
De oro agitando, y con delgada lanza,
Cuatro ginetes orgullosos huellan
El redondel. Se inclinan avanzando;
Sus penachos el viento manso oreja,
Y los trotones recogidos saltan.
Si en el combate á distinguirse llegan,
La muchedumbre les dará su aplauso,
Dulce sonrisa les darán las bellas:
Del rey ni del guerrero las hazañas
Nunca premiá mas grata recompensa.

Con rico trage y la bordada capa,
De pie siempre en el centro de la arena,
El ágil matador busca impaciente
Hora propicia en que asaltar la fiera.
Antes con pié prudente ha recorrido
El circo todo, por temor que pueda
Obstáculo imprevisto detenerle
En su curso velóz. Su arma es la flecha
De agudo hierro que de lejos tira,
Y es cuanto el hombre en su osadía intenta
Sin el corcel que á recibir la muerte
Con frecuencia por él triste condena.

Suena el clarín tres veces: el chiquero
Se abre, y la muda multitud que puebla
Aquel recinto, con los ojos fijos
Que el toro salga embrabecido espera.

(1) Esta poesía es un fragmento del celebrado poema *Childe Harold's pilgrimage*.

Azotado se lanza, y sus salvajes
Miradas tiende en derredor; golpea
Con pié sonante el polvo, y no cegado
Por la rabia se lanza, antes á izquierda
Y derecha vuelve la testuz armada
Para medir sus golpes, cabecea,
Bate los flancos con movible cola,
Y se dilata su pupila negra.

Parase y fija su mirada. Escapa,
Hombre imprudente, ó con la lanza espera;
Llegó el momento en que ágil te sustraigas
A su furor cual bravo, ó que perezcas.
Hábiles son los rápidos corceles
En volverse: espumante el toro humea,
Pero no evita el golpe, y de su espalda
Brotó la sangre á rios. Huye: ¡empresa
Vana! Una lluvia de aguzados dardos
Le hiere: el bote de la pica deja
Hondo surco tras sí, y con sus mugidos
El noble bruto su dolor espresa.

Torna, y ni dardos ni ferrada lanza
Ni del diestro corcel las prontas vueltas
Le detienen. En vano el caballero
Su arma y fuerzas le opone: él lo desprecia
Todo y embiste con audacia. Cubre
Pronto el cadáver del corcel la tierra:
Otro, entreabierto, por el ancha herida
(¡Horroroso espectáculo!) ver deja
El pulmón palpitante, y con el paso
Débil arrastra el cuerpo que floquea
Ante una muerte próxima, evitando
Que su impiadoso caballero muera.

Vencido y sin aliento, mas furioso
Hasta el último instante, inmóvil queda
En medio á sus contrarios derribados;
Y aun á pesar de las heridas cruentas
De los hierros de lanza y de los dardos
Que cuelgan de su piel, míranle y tiemblan.
Llegó el instante en que el espada en torno
Gire del toro y con la roja enseña
Le escote: en vano como el rayo embiste;
Arrojóle la capa mano páfida,
Y los ojos envueltos, golpe ruído
Recibe y cae exánime en la arena.

Do el ancho cuello á la testuz se une
Queda el rejon clavado: pára y tiembla,
Pero no retrocede, y cae en medio
De mil gritos de triunfo que resuenan
Mientras el toro sin mugir sucumbe.
Una pomposa cuadriga de enhiestas
Mulas avanza, y á su yugo le atan,
(¡Vision de horror que al vulgo le deleita!)
Y los trotones rápidos tascando
El duro freno arrastran por la arena
Del muerto bruto la pesada masa
Que cerca en torno alegre la caterva.

VICENTE W. QUEROL.

FÁBULA.

Un gato muy juguetón
Una vez se entretenía
Deshaciendo con porfía
Un ovillo de algodón.

El iba desovillando,
Pero ya las hebras sueltas
En sus uñas al dar vueltas
Se iban todas enredando.

Su tarea concluyó;
Mas no fue su impresion grata
Cuando enredado se vió
Al querer sacar la pata.

Su molestia llegó á tanto
Que lloró de rabia ciego.
¡Cuántas veces en el juego
Se trueca la risa en llanto!

A. CAMPOS Y CARRERAS.

Madrid.

LA NIÑA Y EL GATO.

Fábula.

Una niña á su gato
Le dijo un día:
«¿De quién es el cariño
Del alma mía?»
Y ¡oh desvarío!
El gatito maullando
Contestó: «Mio.»

—¿A quién, sino á ti solo,
Sirve de lecho
Con su calor suave
Mi tierno pecho?
Si tienes frío,
¿Mi abrigado regazo
De quién es?—Mio.

—¿Para quién mis caricias
Tengo guardadas?
¿Quién se duerme en mis brazos
En las veladas?
Y si sonrío,
¿Mi beso de contento
De quién es?—Mio.

Pasáronse los años
Entre delicias;
Mas ya la niña al gato
No hace caricias.
«¡Ay! dice ¿en dónde
Está mi bien?» Y el gato
Ya no responde.

Ha perdido la jóven
Ya su alegría..
Y llorando á su gato
Le dice un día:
«Dí, mi albedrío
¿De quién es?» Pero el gato
No dice: «Mio.»

¡Pobre gato! Los celos
Diz que dan muerte;
¡A tu niña le debes
Tan cruda suerte!
De su desvío
Solo decir ya puedes
Maullando: Mio.

Mas aprended del gato,
Tiernos amantes,
Que nunca las mugeres
Fueron constantes,
¡Y es desvarío
Al amor de una niña
Llamarle Mio!
Valencia 1857.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

XII.

Grandeza.—Visita inesperada.

El ciego prosiguió de este modo su narración:

«Dejad que demos un salto de cerca de siete años y que os lleve á Madrid.

Os introduciré en un salon espacioso, decorado con verdadera suntuosidad.

Un criado, vestido con una lujosa librea, penetra en aquella magnífica estancia precediendo á un jóven que podrá tener sobre veintidos años. Este jóven es de aspecto varonil, de aire resuelto y simpático, de elegante ademan y escogidas maneras. Su traje,

á pesar de todo, no revela el mayor bienestar ni la mayor riqueza, pues acaso peca de demasiado modesto.

El criado se detiene y dice al recién venido: —S. E. ordena que espere V. en esta cámara.

El jóven contesta con aire desdeñoso:

—Está bien; dí á tu amo que le aguardo.

Y el fámulo hace una ligera cortesía, vuelve á levantar los soberbios tapices y desaparece.

Acto continuo, el jóven se pasea con su sombrero en la mano, y despues se fija en un gran retrato de muger que se destaca sobre uno de los testers del salon.

—¡Divina hermosura! esclama lleno de asombro.

Y al mismo tiempo, un segundo criado, vestido con la misma librea, levanta otro tapiz y mueve el pestillo de una puerta de cristales, cuyas hojas giran sobre sus goznes, dejando ver un gabinete decorado con el mayor gusto y esmero. Es el despacho del dueño de la casa.

Junto á una mesa, sobre la cual hay una escribanía de oro cincelado y varios legajos de papeles, se hallan sentados dos hombres, de mayor edad el uno que el otro, aunque ambos son jóvenes. El que parece de superior gerarquía tendrá poco mas de treinta años, pero representa diez mas, porque sus cabellos se hallan bastante encanecidos.

—Que pase ese jóven, dice sin levantar la cabeza y sin fijar siquiera su vista en el recién venido.

—S. E. dice que pase V. adelante, repite el criado acercándose al jóven que, como he dicho, se ocupaba en contemplar el retrato.

Y el jóven penetró resueltamente por la puerta que le acababan de franquear.

De pronto se detuvo, haciendo una ligera cortesía.

—¿Puedo saber, dijo, quién es el señor marqués á quien he tenido el honor de dirigir mi carta pidiéndole una entrevista?

—Yo soy, caballero, yo soy, contestó el personaje á quien se dirigía semejante interpe-lacion.

—Pues en ese caso, volvió á decir el interpe-lante, suplico á V. que tenga presente lo que le decia en mi escrito: deseo hablar con V. á solas.

—«Para un negocio de suma importancia que nos interesa á los dos;» ¿no es cierto?

—Perfectísimamente.

—Ya ve V. que no soy olvidadizo, dijo el marqués sonriéndose y haciendo un ademan que podia interpretarse de este modo:

—Tenga V. la bondad de esperar.

El jóven permaneció de pié, sin dejar un instante su actitud resuelta y algun tanto desdeñosa.

El personaje de los cabellos grises se dirigió al criado y le dijo:

—¿Ha salido la señora marquesa?

—No, señor; pero en este momento acaba de ordenar que enganchen su coche.

—Pues bien, vé y dile que no espere. Dentro de media hora tengo que ir á casa del duque, con el cual comeré hoy. Luego iré á buscarla al teatro.

—¿Ordena V. E. otra cosa?

—Nada mas; vete.

El criado hizo un respetuoso saludo y se retiró inmediatamente.

El que acababa de dar aquellas órdenes se dirigió acto continuo á su visitante, y le dijo:

—Si no estoy trascordado, se llama V. Luis de Henares.

—Esa es la firma que habrá V. visto en la carta que ayer debió recibir.

—¿La escribió V.?

—Creo habérselo manifestado antes.

—Pues bien, D. Luis, tenga V. la bondad de explicarme su pensamiento.

—Me es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no estamos enteramente solos.

—No importa: este jóven es persona de toda mi confianza y puede oírlo todo. Yo no tengo secretos para mi secretario particular.

Henares se sonrió y repuso encogiéndose de hombros:

—Secretos hay, señor marqués, que jamás se confían á nadie; ni aun á la muger con quien compartimos nuestro lecho.

—¿Es V. casado?

—Soy demasiado jóven para pensar en tal cosa.

—De modo que si no estoy enteramente solo....

—Me iré por donde he venido y aguardaré mejor ocasion.

—¿Cuál?

—Le buscaré en la calle ó en el paseo.

—Jamás suelo salir á pié.

—En ese caso tendré la honra de subir á su coche.

—La honra seria de los dos; pero me parece algo difícil lo que V. propone.

—Cuando hay fuerza de voluntad, se vencen los obstáculos. Yo me he propuesto hablarle de un negocio que importa cinco millones....

—¿Cinco millones!

—Esa es la cantidad, señor marqués de Cantolagua.

El marqués se habia levantado de su asiento con el rostro pálido y la mirada inquieta y recelosa. Luego se dirigió á su secretario particular y con acento turbado:

—Retírate, Andrés, le dijo.

Andrés obedeció y los dos interlocutores, principales actores de la escena que voy describiendo, quedaron enteramente solos.

—Siéntese V., dijo Cantolagua tomando asiento nuevamente y recobrando á medias el aplomo que al parecer habia perdido en un solo instante.

—Lo creo muy puesto en razon, dijo Luis, ocupando el asiento que el llamado Andrés acababa de dejar vacío, y quedando frente del marqués que se hallaba al otro lado de la mesa.

—Así, como así, añadió Henares, nuestra conferencia será un poco larga, pues me veo precisado á contarle una historia.

El marqués sacó su reloj, y dijo:

(Se continuará).

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.



Con este número repartimos á nuestros suscritores de esta capital, que lo sean por medio año, la lámina de Doña María de Molina.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

JUDLANDIA

MAPA del Teatro de la Guerra en el SCHLESWIG.

Prusianos	{ 1. ^a P.
	{ 2. ^a P.
Austriacos	{ 1. ^a P.
	{ 2. ^a P.
Daneses	{ 1. ^a P.
	{ 2. ^a P.



LIT. V. ALEGRE.